

# La cultura del territorio: la naturaleza contra el campo

Fernando PARRA

Ecólogo y urbanista.

**RESUMEN:** La aceleración en la transformación reciente del territorio rural español bajo el despotismo de las zonas urbanas se ha producido a caballo de la mayor desertización demográfica de aquel. La desaparición de la cultura campesina, auténtica gestora y artística del paisaje de esos terrenos, no ha sido suplida con éxito por las administraciones medio ambientales; de hecho, una mítica noción de naturaleza ha suplantado al mero "campo". Se propone la "cultura del territorio", al modo de la cultura del agua que algunos críticos de la gestión hidráulica propugnan, como una síntesis de ciencia (conocimiento) y antigua sabiduría que reemplace con ventaja a la mera información y al simple consumo de territorio tan sólo concebido como solar edificable o parque temático natural.

**DESCRIPTORES:** Agroecosistemas. Análisis territorial. Conservación de la naturaleza. Ecología. Paisaje.

"A la memoria de Javier García Bellido, amigo y compañero de fatigas en la preservación del territorio."

## I. LA REALIDAD Y SUS MODELOS

"...En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas

Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas" (BORGES, 1987, II: 225)<sup>1</sup>.

Voy a tratar de explicar brevemente como un mito, la Naturaleza, así, con mayestáticas mayúsculas, ha terminado por sustituir una realidad que debería ser obvia, como el campo (o el territorio rural, si se prefiere un término menos coloquial); es decir, como se ha convertido en su imprevisto enemigo o al menos en su suplantador.

Recibido: 18.10.2005. Revisado: 16.01.2006.  
e-mail: fernando.parra@madrid.org

Una versión abreviada de este trabajo se publicó con el mismo título en *Ecología Política*, n.º 29, Barcelona, noviembre, 2005.

"La Naturaleza contra el campo", subtítulo de este artículo, ha sido utilizado como título en otro anterior del mismo autor: PARRA (2005). Ello demuestra que se ha convertido en el "eslogan" de batalla del autor.

<sup>1</sup> La cita es completa, sin abreviar, con la peculiar grafía y uso de mayúsculas de su autor.

Comenzaré con una analogía próxima: en el más que rancio debate entre los partidarios de la herencia (los genes) y los partidarios del ambiente para explicar características esenciales de los seres humanos hoy en día ha quedado claro que los genes, que condicionan no sólo la apariencia externa sino también la personalidad y hasta las preferencias vitales, actúan canalizando ese entorno que les afecta y al que afectan. Así que no hay tal dicotomía sino un sistema holístico del que el genoma forma parte. Igualmente, la alternativa hombre o naturaleza es una dicotomía estéril y superada<sup>2</sup>. Este planeta, el único del que disponemos, puede ser cabalmente entendido en su funcionamiento global físico-ecológico sin osos pardos o ballenas azules, sin secuoyas o hayas, pero no sin bacterias —los organismos más exitosos que nunca hayan existido, hasta el punto de ser capaces de ingresar en el sistema la energía electromagnética, de procesarla, consumirla y cerrar los ciclos de materiales implicados— y sin el hombre, el animal más capacitado para transformar radicalmente el espacio. Incluso nuestro papel requiere una matización a la baja, por más que sufra nuestra vanidad de especie aunque sea como destructora. Como señalaba MARGALEF, (1992):

“no hay nada nuevo bajo el Sol y el hombre no hace más que presionar según direcciones ya evidentes en las tensiones que configuraban la biosfera prehumana.”

Pero qué presiones. Lo que sucede es que el hombre, participe en los ecosistemas, es controlador de muchos de ellos; cada vez de más, dado que los ecosistemas dominados o muy influidos por él son ya casi todos. Probablemente nuestra especie se ha convertido en el factor de cambio más importante de la biosfera, y en esto podemos estar, con matices (véase más adelante), de acuerdo casi todos. El geólogo CENDRERO (2005) —estima en 2,1 mm al año la erosión— deposición de España; un efecto diez veces superior al achacable a causas naturales; o dicho de otra forma, el hombre se ha convertido en el principal agente geomorfológico del planeta a través de la urbanización y las obras públicas, principalmente. Ese cuarto de la población

humana que se apropia de las tres cuartas parte de los recursos, incluidos los energéticos, y produce similar proporción de desechos, es indudable que acelera los ciclos materiales y simplifica las comunidades biológicas, haciendo disminuir la biodiversidad y siendo ambos efectos lógicos de la explotación como fenómeno ecológico (ver más adelante). Sin embargo, las soflamas hiperbólicas del hombre como máximo depredador o incluso parásito del planeta, todo lo que tienen de vigor denunciante les falta en cuanto a capacidad explicativa.

Por el contrario, allí en donde los seres humanos han habitado persistentemente, han modificado el ambiente de forma radical, a veces armoniosamente, como en los sistemas agrosilvopastoriles de las dehesas o en los de montaña, a veces insosteniblemente, como en los actuales costeros. Por tanto, salvo en las regiones boreales más extremas, la Antártida y algunas ecuatoriales, los paisajes “naturales” (nótense las comillas escépticas) no son otra cosa que los “éxitos” de esa relación, los resultados de la lenta y armoniosa interacción de las poblaciones humanas con su entorno, al que llamamos “la naturaleza”. La idea perniciosa es la de que la naturaleza es aquello que el hombre encuentra ya “hecho”, al margen de su voluntad y de sus deseos. Evidentemente, la naturaleza de la materia, la termodinámica o las leyes físicas entran dentro de esta consideración, pero jamás, precisamente, lo que habitualmente se llama naturaleza hoy en día. En realidad, esa visión *naif*, pero hegemónica de naturaleza es un producto urbano; sólo cuando hay ciudad puede distinguirse entre ella y lo que es “anterior” o “exterior” a ella, aunque eso también está cambiando, como se verá más adelante. Lo que aquí se defiende es que en la inmensa mayoría de los territorios del planeta, prácticamente en todos los habitados por el hombre, lo que se llama “naturaleza” es, asimismo, cultura: cultura del territorio.

En esto del paisaje las formas son una cuestión de fondo. El paisaje es un *fenosistema*, es decir, una morfología que muestra sólo en parte un sistema oculto, un *criptosistema* —llámenlo ecosistema si gustan— de relaciones subyacentes,

<sup>2</sup> No debemos olvidar que “Cultura”, como opuesto a Naturaleza o Naturaleza, significa en primera acepción “cultivo” o “crianza”,

de manera que la primera cultura sería la rural o agraria en sentido genérico La agricultura.

“fisiológicas”, que explican esa apariencia conspicua, paisajística. En esas relaciones que ligán materia, energía e información, **los elementos más fundamentales son, ya digo, las bacterias, que podrían bastarse a sí mismas**, puesto que las hay que ingresan la energía del espacio exterior, las fotosintéticas, y las que cierran el ciclo de materiales tornando al *pool* del reservorio inorgánico los materiales empleados en ese ciclo de materia que, como una rueda de molino mueve la “corriente” energética. **El otro elemento más relevante, aunque todos lo sean, es la actividad humana, con su inmensa capacidad de organizar el espacio —el territorio— y de modificar los flujos de materia y energía a través del canal de la información.**

Uno de los paradigmas de esa interacción son los paisajes de montaña europeos, que constituyen el 70% en superficie de sus espacios naturales protegidos; esos paisajes que protegemos o pretendemos proteger son resultado de determinadas condiciones litológicas, climáticas, edafológicas, biogeográficas, pero sobre todo y finalmente de la secular interacción del hombre con sus ganados. Digámoslo una vez más: los paisajes “naturales” de montaña, incluidos los de la alta montaña, son una resultante pastoril. La conclusión primera es obvia: si pretendemos mantener esos paisajes justo como los encontramos y por lo que los apreciamos, debemos preservar igualmente sus condiciones de mantenimiento, su fisiología y no sólo su anatomía, esto es, los usos ganaderos tradicionales; en caso contrario esos ámbitos “evolucionaran” en sentidos insospechados, pero siempre distintos de los actuales. Pondré un ejemplo de la historia europea reciente.

En la Alemania de comienzos del siglo pasado se intentó proteger el paisaje de sus poetas románticos, los coloristas brezales que cantó Goethe<sup>3</sup>, así que se tomaron las medidas oportunas de declaración y se proscribió la extracción de turba que practicaban desde antaño los lugareños para proveerse de combustible y material de construcción. Al poco tiempo el brezal, sin la

presión explotadora sobre la ácida turba, fue evolucionando hacia un abedular y bosquetes de madera blanda que tanto abundan en el resto del país donde no existen... extractores de turba. Con el tiempo hubo de corregirse el error y funcionarios aplicados sustituyeron a los antiguos campesinos expulsados. Siempre excluir al hombre del sistema natural, oponiéndolo a él, es condenarse a no entenderlo, sea en las sabanas del Serengetti y sus fuegos controlados o en la antropología total de la foca y la ballena en los territorios árticos. En este sentido, han sido mucho más listos los gestores de los terrenos destinados a grandes cotos de caza que los de los espacios naturales protegidos, ya que, en numerosos casos, los antiguos cazadores furtivos eran promovidos a guardas<sup>4</sup>. No debemos olvidar que nuestro espacio natural más prestigioso, verdadero “escaparate ecológico” español, Doñana, era un antiguo cazadero: el Coto de Doñana.

Hay un relato del austriaco VON HOFMANNSTHAL (1998) titulado *Jardines* en que al hacer el elogio de esas manchas verdes pero civilizadas de las ciudades, “el resultado global es un inmenso jardín, compuesto de millares de jardines pequeños y de colinas silvestres, pero ajardinadas”; esto no es sólo una aceptación reflexiva, tardo romántica de la naturaleza domesticada, sino una perspicaz visión de un agudo observador ante cualquier región rural armónica, sea esta la Toscana o Somiedo.

**La obsesión por excluir al hombre en la comprensión de los paisajes naturales puede llevar a paradojas** (FIG. 1). Hay dos modelos antagónicos de la naturaleza salvaje: la región del Amazonas y las sabanas orientales africanas. La Amazonía es el paradigma de la exuberancia vegetal, refractaria a los humanos salvo como laxas bandas dispersas, tal como un mamífero más del ecosistema, pero son las sabanas tropicales del Oriente africano el paradigma de una zoología pletórica inmersa en una vegetación subsidiaria. Irónicamente, la prolongada presencia humana en esta región —verdadera cuna de la humanidad— es

<sup>3</sup> Este ejemplo, como tantas otras cosas de mi formación donde abundaron los profesores pero escasearon los “maestros”, se lo debo a uno de esos pocos, el ecólogo Fernando González Bernáldez, prematuramente fallecido, que gustaba mucho de él. El espacio protegido al que se alude es el de Luneburger Heyde.

<sup>4</sup> La vieja ventaja de haber sido “cocinero antes que fraile”. Un aspecto cinegético en este drama de la extinción de la cultura campesina es la sustitución del viejo cazador rural, el que retrata el novelista Delibes, por el moderno cazador urbano, equipado como un elemento de una tropa de élite contra la naturaleza que le es, en el fondo, tan ajena.



**FIG. 1. Distintos grados de transformación del paisaje por control humano del sistema.** Las diferentes etapas forman una tendencia histórica, pero pueden coexistir en un tiempo dado. De arriba a abajo, monte virgen, “mancha” o matorral noble de alta diversidad, monte hueco o “dehesa” con cultivos itinerantes, facies madura leñosa reducida a setos o bosquetes, campo agrícola sin barbecho y grandes parcelas (mecanización) con complejidad estructural y persistencia mínimas

Fuente: Fernando GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, *Ecología y paisaje*, H. Blume Ediciones, Madrid, 1981.

probablemente, como señala Jared Diamond, la razón de que hoy sobrevivan allí numerosos grandes animales.

La fauna africana coevolucionó con los humanos durante millones de años, a medida que la capacidad predatoria/cinegética del hombre progresaba gradualmente a partir de la rudimentaria habilidad, probablemente meramente necrófaga, de nuestros primeros ancestros. Tal situación dio tiempo a los animales para concebir un saludable temor al hombre y con ello evitar a los cazadores humanos<sup>5</sup>. Es la situación inversa al de un continente “virgen” como el norteamericano, tardíamente habitado por el hombre y más tardíamente recolonizado por culturas avanzadas, donde el repentino choque de hombres bien armados y rebaños salvajes condujo a la extinción práctica de estos últimos, como el famoso bisonte de las grandes praderas. Curiosamente, aunque no inocentemente, la literatura conservacionista está plagada de estos últimos ejemplos nefastos y no de los citados africanos que se oponen a aquellos. Si el periodismo amarillo no permite que la realidad estropee una noticia, el conservacionismo al uso parece no querer que la realidad, o su inherente complejidad, estropeen una buena tesis. Lo anterior evidencia la vieja disputa entre como son las cosas y como nos gustaría que fuesen. Esta creencia (o deseo) ingenua en una armonía universal, negada al hombre

<sup>5</sup> Los massai, habitantes de las sabanas africanas tienen un proverbio muy adecuado para ilustrar esto y de paso el darwinismo más depurado, dice: “las ágiles patas de las gacelas están cinceladas por los dientes agudos de los leones”. En efecto, la presencia de estos nativos cazadores irredentos de leones, es una garantía de la existencia del gran felino. Como lo es la existencia de campesinos asturianos para el oso. Los valles más “oseros” de las cordilleras cantábricas no son los más agrestes, sino los más suavemente intervenidos por el hombre (Comunicación personal Roberto Hartasánchez, FAPAS), como los linceos y los cotos de caza o las águilas imperiales y las dehesas. El principio general extraíble es que la suave y lenta interacción del hombre con su entorno, tras su inicio brusco, está acomodado a la existencia de fauna y es hasta condición para ella. Finalmente, los osos son más viables con poblaciones campesinas que sin ellas, los leones, con massais, los linceos con según que cazadores, etc. El medio ambiente, o como lo queramos llamar, puede sostenerse sin 17 mininisterios de medio ambiente y puede soportar cazadores, y hasta amantes de la naturaleza, pero no puede mantenerse sin campesinos ni usuarios tradicionales de sus recursos.

<sup>6</sup> O lo hacemos a pie de página. Barrow y Tipler, en 1986, publicaron el libro *The Anropic Cosmological Principle*, en el que se reflexionaba sobre las ajustadas condiciones de nuestro universo para llegar a producir el hombre. Esta línea de reflexión, aunque sugerente —cualquier niño piensa que el mundo está hecho para él—, es bastante improductiva y nos vuelve a recordar la ingenua maravilla del personaje creado por Voltaire. Sin embargo, esta idea, tanto en su versión “blanda” (la original) como

pero atribuida a la “buena” Naturaleza, es fácil de criticar. Baste recordar al doctor Pangloss de Voltaire que se maravillaba de lo adecuadas que son orejas y nariz para sostener las gafas. Pero no siempre es fácil —y sobre todo es tedioso— distinguir entre “lo que es” —objeto de estudio de la ecología— y lo que “debiera” ser —objeto del deseo del ecologismo—. Así que del dichoso “Principio Antrópico” mejor ni hablamos.<sup>6</sup>

En muchas de nuestras ciudades más hermosas, desde Venecia a Santillana del Mar o el casco antiguo de Cáceres, personas sensibles han pretendido su protección, y en la mayoría de los casos lo único que han conseguido es crear parques temáticos (cuyo “tema” es Venecia, Santillana del Mar, etc.) transitados por miríadas de turistas y desprovistos de su anterior vida. Esto es taxidermia, no conservación. Lo cascos históricos se preservan protegiendo y fomentando las actividades urbanas que les dieron origen<sup>7</sup>. De igual forma el campo, mal llamado naturaleza, se conserva no disecándolo e incluso persiguiendo a sus forjadores, sino manteniendo su funcionamiento. La mera conservación es insatisfactoria (taxidermia) porque trata de conservar o reconstruir el paisaje de ayer apreciado en el momento de hoy sin poner en cuestión esas condiciones de hoy ni restablecer las de ese ayer.

No debemos olvidar que **el territorio se protege “para” los hombres, pero**

dura, ha producido toneladas de papel impreso. Y es que todos, ya digo, somos inevitablemente algo Pangloss. La última vuelta de tuerca de este “panglossismo” es que somos los máximos parásitos o depredadores del planeta. Nominalmente esas afirmaciones son, cuanto menos, acientíficas, y como metáforas, a mi juicio, poco afortunadas o esclarecedoras, aunque muy vistosas.

<sup>7</sup> Roma es la antítesis de esas ciudades monocultivos turísticos o “parques temáticos”. Valga esta larga cita para evidenciarlo: *Roma es una ciudad donde los vestigios del pasado son omnipresentes. Toda ella conforma un palimpsesto viviente en donde los múltiples estratos de sus dos mil setecientos años de historia coexisten uno junto a otro en extraña yuxtaposición. En medio del estruendo de los coches que pasan zumbando por delante de los antiguos templos republicanos y del teatro art déco en el Largo Argentina, espero el autobús cerca del lugar donde fue asesinado Julio César (...), y en la suave curvatura de un centro comercial del siglo XX se adivina el trazado semicircular del antiguo anfiteatro sobre cuyos fundamentos se erige. La planta baja de una moderna pizzería alberga un enorme reloj de sol que marcaba ya el paso de las horas en los tiempos del emperador Augusto (...). La ciudad ha sido devastada y reconstruida numerosas veces, pero ha sobrevivido con algo de su vieja alma intacta (...). Y mientras uno se deja arrastrar por la alegre y ruidosa confusión del presente, el gran templo pagano y la iglesia sede de la cristiandad nos recuerdan que las cosas importantes de la vida son pocas (...). El pasado coexiste cómodamente con el presente y se adapta a sus necesidades. En el ambiente no hay nada artificioso ni museístico (STILLE, 2005) (el subrayado es mío).*



**FIG. 2. Puente medieval sobre el río Ebro en Frias, Burgos.** Cuando la “potencia” tecnológica no permitía cualquier “ocurrencia”, la obra tenía que adaptarse sutilmente al entorno no sólo como una condición del proyecto, sino como marco de referencia; así, los puentes se establecían en los vados o pasos naturales, en tanto que hoy se “lanzan” como prolongación de la autopista. Se puede, por tanto, establecer una regla que dice que “a mayor capacidad técnica de modificar el entorno, menor sutileza en relacionarse con él”

**fundamentalmente se protege “de” los hombres**, su principal amenaza en forma de avalanchas de visitantes o de cambios drásticos de usos del suelo. La clave está en determinar qué o cuántos hombres, o mejor qué actividades promover. Precisamente la generación de afluencias masivas de visitantes inexpertos que se concentran en determinadas épocas del año y la simétrica expulsión de sus guardianes permanentes los campesinos (o los habitantes tradicionales de los barrios urbanos) no es la mejor forma, sino la más segura para iniciar su inexorable declive. Convertir el Serengetti en un safari park o Daimiel en un estanque de patos no es precisamente un éxito. Para mí, el error de estas concepciones lo simbolizan esas horribles construcciones —falso rústico, versión “far west”— de los acondicionamientos sociorrecreativos de las zonas de acogida de esas áreas nominalmente naturales: cabañitas, puentecillos rústicos de troncos sin desbastar, peligrosas barbacoas. Son tan anacrónicas, tan disonantes... como la pintura rupestre de un aeroplano.

## 2. TAXIDERMIA FRENTE A RENOVACIÓN

“Investigar sin recorrer las dificultades es como caminar sin saber adónde se va, exponiéndose

incluso a no poder reconocer si en un momento dado se ha encontrado o no lo que se buscaba.”

ARISTÓTELES

Se me podrá argüir la sagrada economía, la inviabilidad de los procesos productivos antiguos frente a la rentabilidad de la explotación turística y/o urbanística, pero es fácil desmontar esos argumentos que siempre invocan la inmediatez. Se trata, en primer lugar, de no confundir lo “imposible” con los meramente “difícil”. **La clave está, precisamente, en la cuarta dimensión, el tiempo, “t” ignorado o convenientemente minimizado por los modelos económicos al uso.** Si lo tenemos en cuenta, en cambio, conciliando *Lógos* y *Cronos*, vemos que la perdurabilidad de la explotación del sistema pasa por su gestión sostenida, por su mantenimiento, y eso sólo es posible preservando su función original aunque se le añadan nuevas. Como las inevitables y controvertidas visitas. Y todo ello sin olvidar que entre los economistas (al uso) y el mundo real se levanta como un muro su billetera (incurriendo en la vieja confusión entre valor y precio) que a veces ocupa además el lugar del cerebro, por lo que es preciso dar algún rodeo para llegar a lo esencial. Por otro lado, los economistas son en esto como el resto de los expertos, siempre tratando de extraer rayos solares de los pepinos para encerrarlos en botellas, como refería el sarcástico Swift por intermedio de Gulliver de los voluntaristas lapitanos.

Nuestros campos inundados de espacios naturales protegidos, de “Naturaleza” y huérfanos de sus verdaderos guardianes, el campesinado, pero transitados por desinformadas e inexpertas miríadas de visitantes urbanos, genera desequilibrios y problemas sin cuento. Ya lo sé: la cultura campesina está en trance de desaparición, lo cuentan desde Miguel Delibes a John Berger, por citar sólo novelistas<sup>8</sup>. Pero la sustitución de esos gestores espontáneos, bien armados de tradiciones de explotación, por gestores administrativos, huérfanos de directrices

<sup>8</sup> La literatura, cuando lo es de verdad, también es una forma de conocimiento, a menudo más certera que otros modos más académicos. La trilogía de *La Tierra* de John Berger, la novela *Gente independiente* del hoy olvidado Nobel islandés Haldor Laxness o las novelas castellanas de Delibes, como *Las Ratas*, son, además de obras de arte, auténticos manuales de ecología rural, que narran la desaparición de toda una cultura, la campesina europea.

bien englobadas en un todo, crea un vacío que nadie hasta ahora ha sabido llenar. Si desaparecen los buitres de un macizo montañoso, que me disculpen los zoólogos, pero no hay que reclamarles auxilio a ellos, sino a los pastores que con sus ganados formaban un inextricable modelo armonioso de funcionamiento global. Poniendo a la Naturaleza en el altar neopagano de la Conservación se la coloca al margen de donde debe estar: en el centro que sustenta nuestras sociedades y vidas<sup>9</sup>. En la Italia del siglo XIX se pintaba en las paredes “Viva Verdi”, con ello se rendía tributo al compositor que mejor recogía los anhelos populares, pero también se disfrazaba un acróstico reivindicativo: VERDI era “Viva Vittorio Enmanuele Rey de Italia”. Igualmente, “salvemos la naturaleza” no es un sensato “salvémonos nosotros”, la especie de más precario porvenir en sus usos de consumo de recursos y transformación del entorno actuales, sino un viva a esa Naturaleza “aparte”, concebida como Parque Temático, destino vacacional o un superfluo lujo similar. Para mi, quien mejor ha sabido expresar resumidamente todo esto es el ecólogo de nuestros sistemas pastoriles del Norte peninsular, MONTERRAT (2001: 495) “(...), pero ahora nos conviene destacar la dificultad gestora en esos ambientes marginales ocupados por hombres envejecidos y que no admite la gestión a

*distancia* por técnicos foráneos, unos *urbanitas* desarraigados”<sup>10</sup>.

A pesar de su grandiosidad, ante muchos espacios naturales protegidos inmersos en un mundo cada vez más transformado, uno recuerda un proverbio chino: “Dios hizo al gato para que el hombre pudiera acariciar a un tigre”. Y esa fue la lúcida motivación que a finales del siglo XIX llevó a algunos pioneros a promulgar los primeros Parques Nacionales, en Estados Unidos, como testimonio de todo un continente otrora virgen: un “tigre” inmaculado, ahora convertido en gatitos desperdigados (Yellowstone, El Gran Cañón, etc.) por su territorio.

## 2.1. El Oriente eterno y el Occidente cambiante

El enfrentamiento entre las concepciones Occidentales y Orientales sobre la conservación del patrimonio —normalmente el edificado, pero es extensible al territorio— es muy ilustrativo. En Occidente tenemos, a juicio de los conservadores chinos y japoneses, una obsesión excesiva por la obra original o auténtica y un desdén de nuevos ricos por la copia. De hecho, el idioma chino tiene dos términos distintos para designar las copias. *Fang zhipin* sería lo que nosotros llamamos reproducción,

<sup>9</sup> En cambio, los verdaderos paganos y los antiguos filósofos griegos, opuestos a los sofistas, consideraban que sobre esa “naturaleza en bruto”, a la que se enfrentaban los poetas y los productores, no se podía decir nada; para ella los viejos griegos tenían una palabra misteriosa, como misterioso era el *dpeiron*, el ilimitado e indefinido bosque primigenio donde se agazapan los animales para evitar ser cazados, confundiendo con la maleza. Ser un “mirón” en esos bosques tenía sus peligros, como el del mito del cazador Acteón, devorado por sus propios perros por maldición de la diosa Artemisa, una forma de morir del propio éxito similar a la de muchas de las tecnologías modernas, aunque el paradigma de ese éxito-fracaso sea Prometeo. Un moderno ecólogo forestal utiliza otra mitología, la céltica, más de moda, para explicar qué es un bosque climax (no alterado en absoluto), contesta que es “aquel que tiene gnomos” (no confundir con enanos de jardín), que es como decir que es aquel que no tiene “producción” sino misterio.

Los mitos griegos reelaboran, a mi juicio, muchos tránsitos de la historia ecológica de ese pueblo. Por ejemplo, el Apolo Lycos, la “advocación” del dios adivino que se aparece a Casandra para concederle dicha capacidad, lo hace en forma de lobo rodeado de ratones; y esos son los dos enemigos tradicionales que pueden cambiar el futuro inmediato de una economía campesina mediterránea: el lobo, de los rebaños; los ratones, de las cosechas. O bien, en la pugna entre Apolo y Atena por el patronazgo de la ciudad de Atenas, el primero les ofrece a los atenienses el caballo y la segunda el olivo, que es el

que aceptan; pero dicha elección es todo menos evidente; ambos regalos son muy valiosos. A mi juicio (insisto, ya que las interpretaciones de “cosecha propia” de un profano como yo pueden resultar arriesgadas), esa elección simboliza el tránsito de un pueblo desde el nomadismo, donde el caballo era esencial, al sedentarismo urbano y agrícola, donde ya es más importante el olivo. En cualquier caso “*si non e vero, é ben trovato*”. Y no olvidemos que estamos hablando de la civilización fundacional por antonomasia de Occidente y del Mediterráneo, la que más nos concierne.

Por otra parte, se plantea aquí una curiosa cuestión etimológica, “paisaje” deriva del galicismo “país” que a su vez vino a sustituir al viejo término “pago” con idéntico significado, del que deriva “pagano” y paganismo. En efecto, la denominación de pagano para los que se aferraban a las antiguas religiones que fueron desbancadas por el cristianismo tiene sentido por que este último se extendió muy rápidamente en las ciudades, en tanto que los campesinos, “paganos”, fueron mucho más reticentes a adoptar esta, como cualquier otra innovación.

<sup>10</sup> Las cursivas son del profesor Montserrat. Cualquiera de los trabajos de este venerable investigador, con su característica prosa lacónica, de hombre de campo de pocas palabras, es una mina de información de la que se puede extraer, “casi en superficie”, desde trucos ganaderos hasta conclusiones de validez teórica en ecología, pasando por sutilezas para mejorar la gestión natural. El lujo de este país es tener sabios (pocos) como él y el despilfarro es no prestarles atención.

como las que se compran en las tiendas de recuerdos; *Fu zhipin* es, en cambio, la copia de gran calidad, digna de exponerse como el propio original. Por ejemplo, las de los guerreros de Xi'an, que son esmeradísimas reproducciones hechas a partir de moldes obtenidos de las estatuas originales, con sus pequeñas imperfecciones, como recién desenterradas y que han viajado en las exposiciones europeas junto a los modelos y para gran disgusto de los expositores europeos. Los chinos no entienden ese supuesto purismo porque su arte se basa en materiales perecederos, como la arquitectura en madera o la pintura en papel, que si no hubieran sido copiados una y otra vez se habrían perdido. En cambio, en Occidente se aspira —desde Egipto que fue quien más lejos llevó ese afán— a lo imperecedero, a la piedra en arquitectura, al óleo y al fresco en pintura. Ambos son extremos de dos planteamientos temporales antagónicos. El tiempo lineal, lleno de rupturas históricas en las que unas civilizaciones sustituyen y hasta olvidan a las precedentes, frente al tiempo cíclico, renovado siempre, de culturas, como la China, inmutables en su variación.

Un ejemplo que evidencia el absurdo en que incurre a menudo esta miopía occidental es el caso del santuario de Ise; un templo sintoísta del siglo VII después de Cristo que fue catalogado por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Esta suerte de enfoque zen orientado a la conservación tiene en Ise su máxima expresión; construido totalmente en madera<sup>11</sup>, cada veinte años es sometido a un ritual deconstructivo y reconstructivo, exigible por el uso de materiales perecederos que al irse deteriorando son reemplazados a discreción por otros nuevos similares. En el fondo se trata de una estrategia de conservación dinámica esencialmente superior a la occidental pues conserva junto al objeto reconstruido las técnicas originales que lo forjaron (los restauradores occidentales han tenido que aprenderlas en sus propios monumentos, no sin antes cometer muchas

restauraciones brutales e inconexas temporalmente). Es un caso similar a la renovación de las células de nuestro organismo, raras veces mayores de diez años, como las del esqueleto, y a veces con periodos mucho más breves, como los 120 días de los glóbulos rojos o los 300 días del hígado, y no por eso el individuo pierde su identidad esencial. Para los japoneses el santuario de Ise tiene mil trescientos años de antigüedad a pesar de que ninguno de sus constantemente renovados componentes tenga más de veinte años.

El colofón chusco antes aludido es que, enterados los expertos de la UNESCO de dicho proceso cuasi vivo, decidieron, tras enconados debates, borrar el maravilloso santuario de su lista de bienes culturales adscrito al epígrafe “Patrimonio de la Humanidad”. No es sólo una mera analogía ni una metáfora pensar que este hecho tiene indudables semejanzas con las obsesivas medidas de conservación “taxidérmica” en nuestros Espacios Naturales Protegidos, suprimiendo de ellos no sólo las actividades que podrían modificarlos drásticamente, sino también las que los forjaron y los mantenían. Reacuérdense los ejemplos mencionados en Luneburger Heyde y que podríamos ampliar a muchos otros casos y en especial al debate en torno al Parque Nacional de Los Picos de Europa, un espacio donde aún se mantienen muchas de las actividades ganaderas que lo forjaron y que, en aparente paradoja, su actual figura protectora amenaza con erradicar.

Créanme, es más fácil dictaminar como consumir territorio (turismo o urbanización) que como mantenerlo, no digamos crearlo. Las administraciones actuales sólo saben hacer lo primero más o menos bien. A este hecho contribuye la progresiva y lamentable desaparición del ciudadano sustituido por el consumidor, y como en tantos otros casos, en el del paisaje también lo que se consume desaparece. Por su parte, el reduccionismo científico, que tantos éxitos (casi todos) ha proporcionado en tecnología y otros campos, poco puede asesorar en estos complejos

<sup>11</sup> Pero, qué madera. Se trata de la del Ciprés de Hinoki (*Chamaecyparis obtusa*). Símbolo de la pureza y la incorruptibilidad —como todas las cupresáceas, es prácticamente imputrescible—, de hinoki es la madera con la que se enciende, frotando dos de sus palos, el fuego sagrado del Shinto, y con la que se construyen sus santuarios. Sus bosques pertenecían a la

Casa Imperial y posteriormente al gobierno nacional. Se utilizan a partir de los 250 a 300 años de edad del árbol. Su madera es probablemente, por encima del ébano y las caobas, la más cara del Mercado. En España se pueden ver ejemplares miniaturizados, en forma de bonsáis o formando grupos de coníferas enanas en algunos ajardinamientos.



intrínsecamente holísticos en el que el todo es bastante más que la mera suma de partes (suponiendo que hayamos detectado todas) y más relevante aún es la misma relación entre esas partes. Tienen entonces esos expertos —que por definición, tienen también el vicio de traer pensadas las cosas complejas de antemano, por eso son “expertos”— la manía de confundir sus precarios modelos, necesariamente simples o más bien simplificados, con la realidad, esto es, tienden a confundir el mapa (“su” mapa) con el territorio y también la actitud de intimidar a los profanos, justo un poquito antes de que aparezcan puntuales los imprevistos. En ese sentido son como todos los sectarios: no tienen juicio porque abordan los problemas con prejuicios, manteniendo el relato preestablecido. El experto, que va de eso, expulsa el Principio de Realidad con el Principio de Autoridad. La vieja barbarie del especialista<sup>12</sup>. La tan en boga noción de medio ambiente, una inútil redundancia de dos términos sinónimos, es para el desarrollo, pareja a la de la naturaleza con el territorio rural: convirtiendo lo “medioambiental” en un sector más, se le desactiva, como un adorno, una guinda de la masa del pastel, en lugar de mantenerlo como una cualidad transversal integrada, al igual que la económica, de cualquier proyecto. La superchería de la mayoría de las llamadas “medidas correctoras” contribuye a convertir asuntos tan sustanciales en meros trámites.

La transformación más celérica y radical que ha sufrido este país, su modernización, ha consistido en vaciar demográficamente los territorios rurales, agrarios, ganaderos y silvícolas, generar una emigración masiva a una serie de ciudades y sobre todo al litoral y, haciendo de la necesidad supuesta virtud, pretender aprovechar ese atolón poblacional, esa desertización humana más que climática, para crear espacios naturales

en los territorios vacantes que son decorados taxidérmicos, belleza disecada donde ya no existen sus mantenedores, los campesinos. Los guardeses oficiales, la guardería y los técnicos han procurado contener esa avalancha de visitantes que **la expectativa de “naturaleza”** sustituyendo a los menos prestigiosos antiguos campos ha creado, pero en vano. Por que, en cierto modo, tan irreductiblemente arrogante es la invasión brutal del cemento como la más cándida del “amante de la naturaleza”. En ambos casos, la dimensión del ultraje la da la vastedad de lo que se ignora. Sólo nos queda intentar resucitar al moribundo, volviendo a incorporar al sistema al elemento esencial ausente: si quieren contemplar rapaces mire a su alrededor a ver si también hay rebaños.

## 2.2. Informarse, conocer y saber

Quizá parte del problema resida en la confusión existente entre tres conceptos relacionados, los de **información**, **conocimiento** y **sabiduría**. Actualmente disponemos de mucha información, no homogénea ni equivalente en todos los ámbitos relacionados en asunto tan intrínsecamente complejo. Igualmente, hemos avanzado en el conocimiento, esto es, los saberes relacionados con el mundo físico, externo, pero cada vez hay menos sabiduría, es decir, aplicación de lo conocido a la vida cotidiana. Los viejos saberes empíricos de la cultura campesina sabían hacer, aunque no supieran por qué lo hacían (el fundamento que da a la sabiduría el conocimiento científico reglado). De todas formas, convendría recordar lo que decía Schopenhauer para explicar porqué es más difícil ser filósofo que físico, ya que el cometido del auténtico saber no es tanto ver

<sup>12</sup> Esto es especialmente acusado en el caso de los llamados problemas ambientales o “ecológicos” ya que no suelen admitir soluciones de corte tecnocrático. Estas “soluciones” parecen corroborar la moraleja del relato de Tucídides de la Peste de Atenas. Cuando en tiempos de Sócrates (circa 400 a. C.) se desató una terrible epidemia en Atenas, los oráculos consultados recomendaron duplicar el altar de Apolo. Ahora bien, este era un cubo y con las premuras en lugar de duplicarse se multiplicó por ocho. Apolo enfurecido incrementó los daños. En realidad, la duplicación de un cubo no tiene una solución geométrica, como no lo tiene la cuadratura del círculo, no puede ser resuelto con regla y

compás (Cf. RODRÍGUEZ FRAILE, 2004). Igualmente, los problemas ambientales no tienen soluciones “ambientales” satisfactorias, sino que estas deben ser políticas y económicas; esa es la ilusión (de iluso) del tecnócrata. Un colofón del holismo es que ante todo problema complejo existe una solución simple... que siempre es falsa. Esto no contradice el conocido método de “la navaja de Occam” conforme al cual entre varias explicaciones posibles de un fenómeno, la más sencilla suele ser la cierta; primero, por que sencillo no es lo mismo que simple, y segundo, por que de hecho, pensado en términos de la exitosa ciencia reduccionista, la afirmación sólo alude a lo complejo y, por tanto, la completa.

lo que nadie ha visto todavía, cuanto, ante lo que todo el mundo ve, pensar lo que nadie ha pensado aún. Algunos filósofos (PARDO, 2004) llaman a esa sabiduría conocimiento práctico o preconocimiento, incluso talento o “virtud”, esto es, una suerte de instinto necesario “para acertar en el blanco cuando se lanzan flechas a ciegas, la inspiración”. En realidad, estas formas de saber pueden considerarse un “juego” de reglas implícitas en el que las cosas se aprenden —a caminar, a cocinar, a cazar, a vestir— en la medida que las hacemos; su aprendizaje es exclusivamente práctico, o empírico, si se prefiere. De hecho, la naturaleza sólo es cognoscible en esas culturas en la medida en que esta es transformada por la técnica; la técnica pues es la condición necesaria de ese conocimiento inmerso en el proceso de adaptación de la especie humana a un entorno hostil. La técnica (*techne* o *ars*, arte) es la que hace habitable lo inhabitable. Esos conocimientos se orientan en forma de “prejuicios” (sin connotaciones peyorativas) constituyendo una “tradición”, que, como sugiere BOURDIEU (1980) son una serie de reglas, prejuicios prácticos o comportamientos inspirados hacia una suerte de “sentido comunitario de la orientación”, esto es, “sentido común” que permite a cada miembro de esa cultura “saber” o “adivinar” el cómo, cuando, de qué y de quién en cada situación, que es lo que “cuadra” o “pega” y qué es disonante o inoportuno sin que necesiten ofrecer explicaciones o justificaciones argumentales. Así, lo consagrado por la tradición posee una autoridad que se ha hecho anónima; esa autoridad de lo transmitido, y no sólo de lo razonado, tiene poder sobre nuestro comportamiento, de forma, que la realidad de las costumbres era, y es, algo válido y ese es el fundamento de la validez de la tradición (GADAMER, 1987).

Si alguna justificación tiene hoy el concepto de cultura es el que defienden algunos antropólogos como una suerte de “ecosistema” total de los saberes de una

sociedad para instalarse adecuadamente en un entorno. Eso es lo que hemos perdido y lo que no hemos sustituido por nada, salvo por listas cada vez más exhaustivas de especies (información) o por modelos más o menos sofisticados, pero huérfanos del factor humano de los sistemas (conocimiento). Los nuevos monasterios de esta nueva “Edad Oscura” (Tecnosiniestra) son las burocracias ambientales, que atesoran la información, la copian y repiten, la editan y publican, pero desconectados de los saberes reales allende sus muros. Hay que sustituir los horarios rígidos de los funcionarios por el calendario vivo de los campesinos, el mapa por el verdadero territorio<sup>13</sup>.

Necio, del latín *nescius*, es el que carece de ciencia, el que no sabe lo que debería saber, es decir, el ignorante por partida doble porque no sabe que no sabe, y nuestros expertos desgraciadamente están muy lejos de aplicarse a sí mismos la máxima socrática. Además, una ciencia que insiste altanera (sobre todo cuando mira por encima del hombro la sabiduría popular) en poseer el único “método” correcto de obtención de verdad y, por ende, los únicos resultados aceptables es ideológica, como señalaba el epistemólogo FEYERABEND (1989). El modo de “razonar” del necio, del discurso económico al uso, es el modo de argumentación de los antiguos sofistas, un lenguaje sin pensamiento, una escritura sin memoria. Lo más sugestivo en ellos es la posibilidad de refutarlos, como para los verdaderos filósofos los sofistas, y de ese modo hacer consciente el verdadero discurso<sup>14</sup>. En este sentido, el discurso economista al uso es casi un colaborador necesario (sino fuera hegemónico), para que el verdadero discurso se haga consciente de sí mismo, revelando sin quererlo las condiciones que el sentido exige. Pasar de ser “maestros” en virtud, como los ecologistas presienten que lo son los campesinos o las tribus “naturales”, para ser “profesores” del territorio, para saber explicarlo, para explicitar las reglas de un

<sup>13</sup> La socióloga brasileña Ivana Bentes ha acuñado la expresión “made in favela” para explicar la explosiva creatividad cultural en estos ámbitos urbanos marginales, como en los guetos negros de EEUU, explicándola como una cultura original no intervenida por la administración ni impuesta por ningún intervencionismo estatal. Es la distancia “del morro —donde se sitúan las favelas— al asfalto” (la ciudad), que podría ser la misma que media entre la aldea y el asfalto (ciudad), pero en la

que sucede justo lo contrario, precisamente por que los ámbitos rurales europeos son hoy el campo por excelencia de todos los intervencionismos administrativos constantes, desde el de los municipios a los supra estatales como la Unión Europea.

<sup>14</sup> Aristóteles consideraba que el sofista era el personaje idóneo para prestarle esa colaboración; es el candidato ideal para el papel de contradictor. El economista al uso también lo es para resaltar el bien armado discurso ambiental.

juego que aquellos saben jugar sin conocer, paradójicamente, las reglas del mismo<sup>15</sup>.

Se trata de crear una cultura del territorio, similar a la que algunos críticos de la gestión hidrológica reivindican para el agua. Como mimbres para ese cesto tenemos que afrontar la **transcripción en términos universales (científicos) de los viejos saberes en extinción**; esa sería la urgente, honesta, modesta y difícil función de los científicos territoriales<sup>16</sup>. Conviene pues recordar que los campesinos son “maestros” de la gestión del territorio, no “profesores”; es decir, no “explican”, sino que “enseñan” haciendo. Y manteniendo la alerta constante de que aún no “sabemos” lo suficiente para sustituir hábilmente las viejas culturas en retroceso. Así que, defendamos los quebrantahuesos, pero sin fastidiar a los pastores que son condición *sine qua non* para aquellos. Como escribí hace años: defendamos las catedrales (los bosques de secuoyas, los pandas gigantes), pero sin fastidiar las ermitas, es decir, nuestros campos que ahora algunos necios llaman naturaleza. El dilema no puede estar entre los Espacios Protegidos (vanamente, o sólo desde los Boletines Oficiales y además sirviendo como coartada para destruir el resto de territorio no explícitamente protegido) y la Protección (que no “disección”) del Espacio, de todo el espacio.

Hemos convertido a los campesinos, verdaderos guardianes de esa naturaleza prosaica, la única que tenemos, en mendigos —mendicantes de las ayudas europeas— sin capacidad de decisión (de hecho, esa capacidad cada vez está más alejada de los que las padecen, como en las Directivas Europeas); **no convirtamos, siguiendo tan perversa lógica, el modelo, necesariamente simplista, de los expertos, obligadamente simplificadores, en usurpador de la compleja realidad**, para acabar a su vez éste convertido, como decía el irónico Borges, en tristes ruinas habitadas por animales

(¿buitres?) y mendigos, perdón, pastores. En cuanto a los nuevos administradores del territorio, los expertos administrativos, que deberían tender puentes con esa cultura en extinción para construir una nueva, yo les pediría, remedando el poema de “Vita Beata” de Gil de Biedma que no se limiten a vegetar, “como nobles arruinados entre las ruinas de su inteligencia”, sobre todo por que esa facultad nos da a la mayoría sólo para unos pobres escombros; empiecen por salir de sus despachos, vayan al campo. En esto de la naturaleza, -ahora aceptaré el dichoso término-, todos hemos pasado poco a poco de observadores a defensores; el problema es que muchos no han aprendido aún a mirar. Sin llegar al extremo de Werner Herzog (“No me interesan los hechos, busco el éxtasis de la verdad”), hay que denunciar esta época pretenciosa que en vez de sabiduría tiene datos.

### 3. LA “INSULARIZACIÓN” DEL TERRITORIO

—¿Y la naturaleza creó el campo al igual que el hombre creó las ciudades?  
—Más o menos, sí.”

BARNES (2001)

**La cultura del territorio**, término que puede sugerir una mezcla de antropología y ecología y geografía humanas, esta tomado a semejanza del concepto “Nueva cultura del agua” que Jaime Martínez Gil del grupo de estudiosos de Zaragoza, con Pedro Arrojo a la cabeza, eligió para reivindicar unas formas más racionales de relación con dicho recurso. Al igual que los antiguos despotismos hidráulicos de los imperios del mundo antiguo se apropiaron del control del agua para dominar a sus súbditos, el actual “despotismo territorial metropolitano” controla la vida y el futuro de todos los habitantes, urbanos o rurales, próximos o lejanos.

<sup>15</sup> Asunto tan fascinante como distinto era que el que señalaba Gregory Bateson sobre la abusadora hegemonía de la forma positivista de razonar, basada paradigmáticamente en el silogismo “Sócrates” (todos los hombres son mortales/Sócrates es un hombre/Sócrates es mortal) al que Bateson contraponía el silogismo “hierba” (o de afirmación de la premisa menor) que algunos atribuyen a los esquizofrénicos y los miembros de culturas orales: “la hierba muere/los hombres mueren/los hombres son hierba”. Lo cual no es tan extraño como pudiera parecer bajo perspectivas lógicas menos restrictivas, pues

expresa la básica unidad vital, biológica (bio-lógica) de todos los seres vivos, con permiso de los virus, que no es tan seguro que lo estén (vivos)

<sup>16</sup> Es curioso que sea prácticamente el gastronómico el único aspecto de la cultura campesina que ha sido recogido por escrito y utilizado como base de las gastronomías modernas. Probablemente esto es así por la facilidad que como consumidores tienen los urbanos para integrarla y, nunca mejor dicho, asimilarla. También porque donde mejor se juntan Naturaleza y Cultura es en un plato bien cocinado.

Ciertas desafortunadas y sensibleras formas de vulgarización científica han cargado demasiado las tintas no en la singularidad de este planeta, eso es obvio, sino en mostrar una, digamos, “facilidad” vital en absoluto cierta. Lo cierto, en cambio, es que este “Planeta Azul” tiene cuatro quintas partes de agua, sí, salada y en su mayor parte concentrada en profundidades que son, básicamente desiertos estériles por la ausencia de fotosíntesis y donde unos pocos y raros organismos viven de la lluvia de organismos reventados por la presión que les cae encima. En esa quinta parte emergida viven una mayoría de grupos de seres vivos que se han adaptado a un venenoso oxidante excretado por las primeras bacterias, el oxígeno, lo que autoriza a decir que este es “el planeta que la vida acabó por hacernos comfortable”<sup>17</sup>, salvo unos pocos refugiados en intersticios del suelo anóxicos o en lugares aún más improbables, y todos y cada uno de esos seres dependen de la disponibilidad de agua líquida y relativamente desprovista de sales, aunque la inmensa mayoría está atrapada en forma sólida en neveros y los grandes casquetes polares y otra gran parte en las capas subterráneas frecuentemente inaccesibles. De forma que, en esa ya un tanto exigua quinta parte emergida del planeta convive una biosfera terrestre dependiente de unas casi siempre exiguas disponibilidades de agua dulce. Espacio vital y agua que tienen forzosamente que compartir con el éxito desmesurado, medible en miles de millones de individuos, de nuestra especie, que ejerce sin embargo presión sobre esos dos recursos, agua y territorio, y el resto no sólo por su simple y abrumadora abundancia sino por su capacidad terrorífica, potenciada al máximo por la tecnología de modificar el medio sin medir previamente de antemano –el principio de cautela no parece incluirse en nuestra dotación genética- sus consecuencias. Este, creo, es el panorama exacto de la escena actual, y quienes están en la mejor situación para acomodarse a ese empuje no son muchos de los organismos más vistosos, los animales y plantas “superiores”, ni tampoco la propia especie que los provoca, quizá la más

amenazada, al menos en su forma actual de organización económico y social, sino los organismos primeros que estaban antes y muy probablemente estén después, las bacterias.

El resultado final de esta situación es que una inmensa mayoría de organismos vivos y todos, repito, todos los territorios, ecosistemas o unidades geográficas, paisajes, etcétera que queramos definir están amenazadas a más o menos corto plazo en las tierras emergidas. Y que esa amenaza global territorial está poco divulgada por dos razones a mi juicio: por un lado, por la mayor difusión de otras amenazas globales paradójicamente más intangibles o, por mejor decir, más difícilmente aprehensibles, como el cambio climático (que además es en gran parte resultado de ese mismo ilógico uso del territorio); y por otro, por la descripción desmenuzadamente particularizada de esta amenaza territorial en forma de casos concretos: la desaparición de las selvas húmedas, de los bosques, de los ecosistemas árticos, de las focas, los osos o los cetáceos...Una sola. En este apartado, pues, quiero abordar la amenaza sobre el territorio, así, en genérico singular, particularizándola en su casuística no a territorios más o menos clasificables y edificantes, selvas o manglares, sino al caso de la Península Ibérica. El peligro global es, en aparente paradoja semántica, la fragmentación territorial, la insularización de espacios valiosos y su desconexión entre sí, que los hace crecientemente frágiles cuando no inviables. Esa insularización es por tanto un descriptor tan válido como la globalización, y complementaria de esta, como una evidencia de fragilidad.

Por entrar ya directamente en faena, señalaré las nueve causas que considero pertinentes, al margen de la causa aristotélicamente final que, lógicamente, es la acción humana:

1. La **desertización demográfica rural**; es decir, la despoblación humana del campo y la aparejada pérdida de toda una cultura, la cultura campesina<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Título de un capítulo de uno de los libros divulgativos de nuestro más insigne ecólogo español: Ramón Margalef.

<sup>18</sup> Los incendios forestales en España son una elocuente evidencia de las consecuencias de esa desertización rural. El

fuego, como factor ecológico en los ecosistemas mediterráneos, y los incendios forestales en su ámbito a lo largo de la historia han sido fenómenos habituales. Lo verdaderamente inédito de la situación actual son sus dimensiones catastróficas, su falta de

2. La pareja invasión puntual y temporalmente concentrada en fines de semana y periodos vacacionales, de hordas de visitantes urbanos aculturizados de esa cultura extinta o en extinción a la que, por tanto, no se adaptan, sino que tienden de manera inevitable a adaptar a su cultura portante, la urbana, urbanizándola en el sentido más amplio y a la vez más concreto.
3. La mencionada **fragmentación territorial**, en parcelas cada vez más pequeñas funcionalmente, interrumpiendo flujos de materia y energía e información que los hacía viables y afectando flora y fauna, pero principalmente procesos geodinámicos, por las crecientes infraestructuras y equipamientos de origen urbano que fagocitan el resto del territorio, desorganizándolo.
4. Los **desequilibrios territoriales** que agudizan los *feed back* positivos y anulan la regulación de los negativos, como los trasvases hídricos a larga distancia.
5. El propio cambio climático que ejerce sus efectos sobre los ecosistemas terrestres ya muy vulnerables por la fragmentación e insularización, implicado mayores dosis de incertidumbre y mayores cantidades de intercambios de energía implicados entre las cubiertas fluidas de la tierra, atmósfera y océanos sobre el campo de batalla de la Tierra.
6. El abandono de cultivos y de antiguas superficies transformadas por el hombre para la producción de alimentos que eran ejemplos de sostenibilidad, es decir, “éxitos” en la secular y lenta transformación interactiva de los entornos por las anteriores sociedades humanas, en este caso la campesina y sobre todo, la ganadera.
7. La apabullante hegemonía, en el juego del Mercado, del uso de más imbatible plusvalía de los potenciales del suelo, el genéricamente urbano.
8. La distancia burocrática creciente entre la toma de decisiones, insisto: cada vez más lejana, y su aplicación local que es la que las sufre, en primera y sangrante instancia, sin bucles de retroalimentación ante esos errores. Así, la política agraria comunitaria de la Unión Europea no sólo contradice la de otros departamentos, como el de medio ambiente<sup>19</sup>, sino que supone un “despotismo iletrado” que desmantela a menudo los logros seculares de las culturas campesinas.
9. La excepción a lo anterior la constituye la política urbanística que, como regla general (véase punto 7 más arriba) es mejor controlar a distancia. Las reglas urbanísticas generan tantos intereses que deberían ser vigiladas cuanto más lejos mejor de donde se aplican. Además, el Estado español ya no tiene prácticamente competencias, que han sido transferidas a Comunidades autónomas y municipios, así que la Unión Europea haría bien en intervenir directamente<sup>20</sup>.

Esa amenaza al “espacio vital” hacia el resto de especies se hace real también contra subgrupos más desfavorecidos de la nuestra, como tribus premodernas o, en el caso español, poblaciones campesinas. Por otra

autocontrol o *feed back* negativo. De hecho es la “explosiva” suma de la ausencia de esos verdaderos “guardianes de la naturaleza” que eran los campesinos y la proliferación pareja de visitantes inexpertos concentrados en fines de semana y en la época más proclive al fuego, el estío, la que explica esa falta de control. Curiosamente, los informes oficiales jamás aluden a este hecho. Por otra parte, inmediatamente después del fin de la Guerra Civil, ya en 1939 se instauró el Plan Nacional de Repoblaciones Forestales (Ceballos y Jiménez Embum) y dos años después se creó en Patrimonio Forestal del Estado. Con ambos instrumentos se emprendió la plantación de cultivos madereros de crecimiento rápido con especies foráneas de pino y eucalipto, aprovechando los terrenos vacantes que iba dejando la migración rural, y en perverso *feed back* acelerando esa misma desertización demográfica al forzar su expulsión ocupando terrenos de producción. Estos cultivos, eufemísticamente denominados “Repoblaciones” Forestales, pues su excusa era corregir las cuencas hidrológicas en cabecera, controlando la erosión de sus suelos, y la creación de nuevos bosques, también incrementó los daños de los incendios. Cuando el organismo encargado pasó a llamarse ICONA, Instituto de Conservación de la Naturaleza,

con un despliegue territorial y una hegemonía sobre los destinos del mundo rural sólo comparable a otra institución muy temida, La Guardia Civil, se completó la vuelta de tuerca de enarbolar la “Naturaleza” para atacar al Campo.

<sup>19</sup> Por ejemplo, determinada directiva de la UE incentiva el desmantelamiento del olivar con pies de arbolado antiguo, mientras que esa misma UE a través de otra directiva ambiental insta a proteger los pájaros insectívoros invernantes en la Península, cuyo principal refugio y fuente de alimento son... los olivos viejos. Para más detalles véase NAREDO & PARRA (2004).

<sup>20</sup> En realidad, está es una triste confesión de impotencia ante un urbanismo feroz que se ha convertido, en palabras del arquitecto Fernando Roch, en un simple comprar suelo por hectáreas y venderlo por metros cuadrados con el consabido beneficio de unos pocos. A medio y largo plazo, en lo que quede sin asfalto y en lo demás también, habría que confiar en la profundización de la democracia y sobre todo de la participación verdadera y pública de los habitantes-pobladores de los territorios afectados, incorporando, en palabras del colectivo *Rizoma*, el territorio a esa democracia como sujeto casi político (Cf. *Archipiélago*, diciembre de 2005).

parte, la amenaza sobre el espacio vital se concreta en la inviabilidad funcional y fisiológica de los territorios ecológicamente soporte de esas humanas, por dos razones:

1. su abandono provoca la desorganización de sistema o
2. su pequeño tamaño y su **insularización** resultado de la **fragmentación** las hace inviables funcionalmente.

En resumidas cuentas, la viabilidad de un nuevo Espacio Natural tiene que ver, además de con su estado de conservación inicial, con su tamaño, a mayor superficie, más viable; con su conexión con otras zonas semejantes al menos en su grado de “naturalidad”; con la existencia de poblaciones campesinas asentadas en su entorno y convencidas de la utilidad de la protección; y, finalmente, con la adecuada gestión de las visitas. Mientras tanto, el resto del territorio no explícitamente protegido sufre la “patente de corso” para ser arrasado. O su mero abandono. Las “bellas durmientes”, que era el hermoso nombre que los antiguos cartógrafos daban a los territorios por descubrir, las terra incógnita, son ahora “feas moribundas”, nuestros familiares campos hoy abandonados o convertidos en solares en expectativa

Por el contrario, como decía Wittgenstein del psicoanálisis, esa suerte de “ecología” que basa su enfoque en la dicotomía entre hombre y naturaleza es “mala filosofía, poderosa mitología y falsa ciencia”, y no supone ninguna ayuda ni orientación para la gestión del territorio conservado.

Finalmente, es curioso constatar como la mal llamada Ecología Profunda (*Deep Ecology*) que incluye las formas más extremas de misantropía (la especie humana como “parásita” del planeta y el resto de la biosfera) es simétricamente antagónica del darwinismo mejor entendido y más progresista. Darwin, para ilustrar la insatisfactoria moralidad del proceso de selección natural aludió a un supuesto “capellán del diablo”:

(Devil’s Chaplain) “Qué libro escribiría un capellán del diablo acerca del torpe, despilfarrador, desatinado y horriblemente cruel mecanismo de la naturaleza”<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> Carta de Charles Darwin a su amigo el microscopista Hooker en 1856.

Darwin, como Huxley y más recientemente Richard Dawkins sostenían que al carácter esencialmente desagradable de la evolución biológica hay que enfrentar la evolución cultural y moral de los humanos y que el progreso ético de la sociedad —incluyendo la preservación del mundo vivo— depende de imitar los procesos biológicos, mucho menos de huir de ellos, sino de “combatirlos” sin contradecirlos, esto es: amable e inteligentemente, como no se cansaron de repetir numerosos autores, desde Paracelso a Bacon

“A la naturaleza se la domina obedeciéndola”,

o en frase de Kant:

“es la naturaleza la que da la regla al arte”,

entendiendo “arte” como “techne”, o en Cicerón:

“por medio de nuestras manos tratamos de crear una especie de mundo vicario dentro del mundo de de la naturaleza”.

Es decir, el proceso ciego de la evolución ha tropezado, sin quererlo, con su propia negación que, como señala, Dawkins es una negación pequeña y local, sólo una especie, y dentro de ella una minoría de sus miembros que, con la adquisición —precisamente por evolución— de la conciencia reflexiva, pueden oponerse a los mecanismos naturales, crueles y ciegos. El obispo Heber afirmaba que:

“Todos los paisajes son bellos y sólo el hombre es abominable”;

exactamente igual que ese ecologismo furibundo que se reclama “profundo”. Pero este mensaje elemental de una naturaleza “buena” frente a unos humanos malvados es justo el opuesto del que nos muestra la teoría evolutiva más depurada: que antropocéntricamente la naturaleza puede en ocasiones evidenciarse “mala” moralmente, pero de ella ha surgido quien se le puede enfrentar y completar éticamente. Una maravilla que tanto los toscos pseudodarwinistas spencerianos como los ecologistas autodenominados “profundos” parecen ignorar.

Antes se amurallaban las ciudades; ahora se valla la naturaleza, en ambos casos

inútilmente. Una ciudad herméticamente cerrada, asediada, es inviable al cabo de un tiempo; la naturaleza, también. De hecho, las estructuras más importantes de una muralla son las puertas, y la naturaleza también las necesita, porque no soporta un confinamiento impermeable. Ese es el dilema de la actual conservación de la naturaleza basada en los espacios naturales protegidos, islas de buena voluntad pero mala viabilidad en un mar transformado.

### 3.1. Última vuelta de tuerca

Hace 400.000 años surgió en el Viejo Mundo la llamada lasca de Levallois. Durante los milenios anteriores las herramientas de piedra habían ido aumentando, primero lentamente, luego muy de prisa, el número de centímetros de filo por kilo de materia prima tallada. Al principio la evolución biológica del género *homo* iba más deprisa que la cultural, luego la tecnología tomó el relevo. Hasta llegar a esas herramientas de doble simetría, bilateral y bifacial, que se llaman “bifaces”. La lasca con el filo más largo posible, la de Levallois, se realiza en 13 o 14 golpes bien secuenciados COPPENS (2000) (FIG. 3). Igual que una pajarita de papel, que se hace en trece pliegues que no producen nada y en el 14 surge la pajarita. No se repara, sin embargo, que un décimo quinto pliegue (o un último y superfluo golpe) la vuelve a destruir. Se me ocurre la metáfora de ese pliegue de más en esa suerte de embriología artificiosa que es la papiroflexia, o de esa talla secuenciada y finalmente malograda por exceso, para explicar la desadaptación tecnológica actual del hombre con su

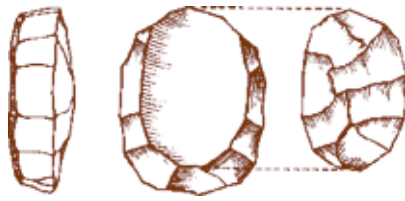
entorno: hemos pasado del bocage y las dehesas y de los círculos concéntricos de *urbe, ager, saltus y silva* romanos a la urbanización actual, del modelo de ciudades inmersas en una matriz menos transformada de gradientes concéntricos sucesivos a los retazos de naturaleza precarios e insularizados actuales inmersos en un entorno totalmente alterado: un pliegue de más, no un pliegue más, un golpe de más que rompe la herramienta suprema, la de la relación y modificación del conjunto del entorno, el territorio, por parte del hombre. La última vuelta de tuerca, que diría el maestro James; “un cambio o inversión de fase” en palabras de otro maestro, Margalef.

Puede parecer redundante y, por tanto, ocioso, el concepto de “Cultura del Territorio”, pero creo poder defenderlo en lo que tiene de honestamente integrador, entre una cultura empírica, la de los saberes campesinos, y una cultura científica, codificada y transmitida de muy distinta forma FIG. 4<sup>22</sup>. Otras nociones, como la de paisaje, ecosistema, territorio e incluso planificación son muy útiles en sus respectivos contextos, pero presentan también problemas y carencias. El **paisaje**, por ejemplo, con su falsa apariencia intuitiva es, en cierta forma profunda, el producto de un tipo particular de observador, sustraído del mundo del trabajo; al menos del mundo del trabajo que es observado: decía Unamuno que el que está inclinado sobre la esteva del arado no puede alzar la frente sudorosa para recrearse en la belleza del entorno. No es tanto que se trate de una construcción estética<sup>23</sup>, como de un punto de vista, que no tenemos porque considerar universal por más que impere hoy dado que hay muchos

<sup>22</sup> C. P. Snow acuñó el término de “las dos culturas”, en el ensayo del mismo título, para evidenciar esa distancia o barrera entre la cultura humanística y la científica, mutuamente ignorante una de otra. Para mí, sin embargo, y aún admitiendo que tan ignorante es el que no conoce la teoría atómica o la evolutiva como a Mozart o Nietzsche, el abismo entre las dos culturas es más bien el que existe entre las empíricas o tradicionales y las modernas o tecnológicas. Y en este caso no coexisten ignorándose mutuamente, como en las señaladas por Snow, sino que las últimas terminan suplantando, a mi juicio insatisfactoriamente, a las primeras. Por otra parte, incluso dentro de la cultura hegemónica hay y ha habido divergencias y confrontaciones profundas, como la que ejemplificaba Descartes frente a Vico. Este último se quejaba amargamente del cartesianismo, al que llamaba a veces “espíritu geométrico”, por pretender imponer un discurso “lógico” tan estrecho que arrasaba

no sólo lo falso, sino todo aquello que no es absolutamente verdadero, como lo verosímil o el sentido común, con su manía de situar esa lógica pretendidamente universal más allá del espacio (el lugar) y del tiempo (el momento) concretos.

<sup>23</sup> Que la gente común le concede mucha importancia a la estética —a menudo más que a la comodidad— lo demuestra, paradójicamente, la misma banal fealdad decorada de tantos de sus hogares. Un chozo de pastor, por muy humilde y rústico que sea, nunca es feo por que nada en él es superfluo. Igual pasa con los paisajes “funcionales” por muy austeros que sean. Por ello, el paisaje es también una construcción estética —además de por el origen pictoricista de dicho concepto—, por defecto. Es decir, la fealdad es un hecho casi voluntario, como en las horrendas urbanizaciones costeras o rurales, y la belleza, ahora casi siempre, consecuentemente, es cada vez más resultado de los “olvidos” milagrosos de esos factores transformantes recientes.



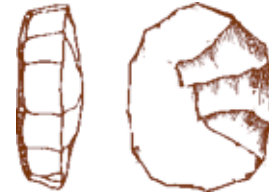
Los cortes o desconchados iniciales predeterminan la posterior separación de las lascas



El contorno del núcleo se va redondeando al separar las lascas alrededor de sus ejes



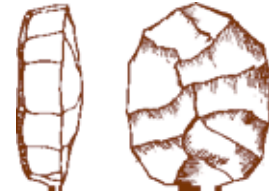
Entonces las lascas se van separando del núcleo en dirección al centro



El desconchado continúa desde los bordes hacia el centro



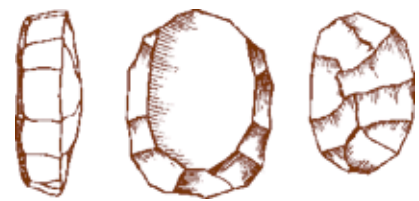
y converge en el centro



hasta que toda la superficie del núcleo ha sido completamente tallada

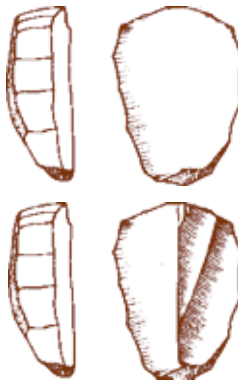


Se asienta el núcleo sobre uno de sus bordes golpea con un palo



una lasca es separada de esta forma predeterminada con todos sus afilados bordes

**Levallois points:** Las puntigudas lascas de Levallois se preparan igualmente, pero haciendo converger los cortes de las lascas hacia un punto del núcleo.



Las puntiagudas lascas de Levallois se separan, dejando bordes afilados alrededor de la punta.

**FIG. 3. Levallois Technique**

Fuente: [www.hf.uio/iak/roger/LEV/lev.html](http://www.hf.uio/iak/roger/LEV/lev.html)



más turistas ya que campesinos; muchos más observadores que observados. Es el observador ocioso (en ese momento al menos) el que puede permitirse esa distancia en relación con la naturaleza, una representación en cierto modo imaginaria de lo rural. La información contenida en el paisaje es riquísima, ese es el problema; el paisaje es un palimpsesto, cuyo primer texto, el más antiguo, a menudo parcialmente borrado es el geológico, pero la aproximación digamos “paisajística” al paisaje es siempre superficial e insatisfactoria. En cualquier caso, en dicho palimpsesto, lo que borra verdaderamente los textos anteriores de un paisaje es su urbanización. En dicho sentido, es tan irreparable como el homicidio. Eso sí; para el que sabe mirar, en un pasaje nada está clausurado desde el punto de vista temporal y adonde se mire se encontrarán aberturas naturales en el tiempo que conectan nuestro presente con los eones del pasado geológico o las simples décadas del laborioso trabajo campesino. En el paisaje “bien mirado” se aúnan la visión del científico que *ve* todo lo que ocurre (u ocurrió) en un punto del espacio, con la del poeta, que *siente* todo lo que ocurre en un momento del tiempo<sup>24</sup>. En cualquier caso, los poetas, al contrario que los expertos, tienen la capacidad de pensar en varias cosas a la vez, una suerte de “sincronización cósmica” que es la raíz de las metáforas con las que trabajan.

El **ecosistema** es otro punto de vista, muy útil cuando tratamos con cuantificaciones de determinados flujos de materia, energía e información, pero poco disponible en multitud de ocasiones y sin pretensiones, salvo para los “conversos” legos, como los ecologistas, de totalidad en su análisis. La tentación de pensar que la moderna ecología puede suplantar esa cultura del territorio en su totalidad es vana. Al igual que no es infrecuente que los profesores de clásicas se

centren exclusivamente en los “clásicos”, el canon literario, y no conozcan a fondo el idioma, el latín, hay muchos ecólogos que, centrados en los estudios de casos ejemplificadores de los procesos, no conozcan a fondo el campo ni tengan una buena cultura” naturalística. Los profanos suelen creer que la ecología se ocupa de objetos: animales, montañas, océanos, pero esta ciencia, a la inversa que la geografía, nunca ha sabido ocuparse del espacio, que se contempla como un incordio para la toma de muestras por su anisotropía. El verdadero objeto de la ecología son los fenómenos, que no se extienden en el espacio tanto como en el tiempo<sup>25</sup>. Esto es así por que la ecología moderna describe la naturaleza en términos de materia, energía y organización, pero, precisamente por eso, y sin que ello sea imputable a esta ciencia sino a la propia naturaleza de la vida, es característica de esta última la falta de permanencia de sus estructuras materiales. Aunque la cantidad total permanezca semejante a sí misma, algo siempre entra y algo sale.

En cuanto al **urbanismo** y la **planificación**, no sólo son aspectos más restringidos, sino también, sin lugar a dudas, el punto de vista hegemónico de la ciudad frente al campo, aunque sólo sea por el desigual combate que en esta dialéctica impone la abismal plusvalía de cualquier porción de territorio susceptible de ser construido frente a cualquier otro uso potencial o presente y el perverso círculo vicioso del asfalto y el cemento como principal fuente de financiación de los municipios. La única forma de desviar ese círculo es desmaterializarlo (espiritualizarlo), hacerlo realista, paradójicamente, esto es, convertirlo en la espiral donde nada vuelve exactamente al mismo punto, pero sí a una situación parecida. La espiral ya no es un círculo vicioso, ha sido puesta en libertad. La ciudad,

<sup>24</sup> Esta noción ciencia-poesía es del filósofo Vivian Bloodmark, citado por V. Nabokov en su libro autobiográfico *Habla, memoria*.

<sup>25</sup> Pese a la legítima pretensión de la ciencia de la ecología teórica de formularse en términos puramente físicos, a la inversa que en la Física, en Ecología no interviene sólo el *Lógos*, refutando o confirmando hipótesis, sino *Cronos*, pues se trata de sucesos o procesos históricos, narraciones, como las llamaba Aristóteles (“contar historias”) que pueden tener varios resultados, todos ellos verosímiles, independientemente de que sean verdaderos (o falsos). Esta dimensión histórica de la Ecología se olvida a menudo por algunos ecólogos, por ejemplo,

los que tienden a tomar los procesos históricos, como la Sucesión Ecológica y su final, el climax, como sólo *Lógos*, excluyendo su carácter narrativo, que le concede *Cronos*, terminando por tener una visión “teológica” o teleológica de ineluctabilidad que en absoluto tiene estos proceso histórico-naturales; es decir, los que toman la Sucesión Ecológica como un resultado (sólo) lógico, inevitable, en lugar de cómo un proceso narrativo, histórico, contingente. Pero jamás la olvidan los contadores de historia por excelencia, los miembros de las culturas rurales, que saben que las cosas, como en las fábulas, pueden tener siempre distintos finales verosímiles, aunque sólo uno, en cada caso concreto, en cada lugar y momento, espacio y tiempo, sea verdadero.



**FIG. 4. Disimetrías relativas de subsistemas explotador (poblaciones humanas) y explotado (subsistema natural), según la intensidad de control**

Fuente: Fernando González Bernáldez, *Ecología y paisaje*, H. Blume Ediciones, Madrid, 1981.

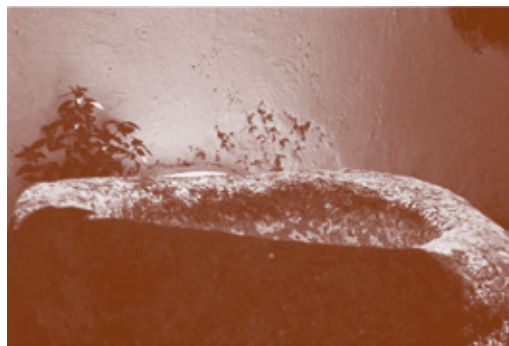
Que la gente común le concede mucha importancia a la estética —a menudo más que a la comodidad— lo demuestra, paradójicamente, la misma banal fealdad decorada de tantos de sus hogares. Un chozo de pastor, por muy humilde y rústico que sea, nunca es feo por que nada en él es superfluo. Igual pasa con los paisajes “funcionales” por muy austeros que sean. Por ello, el paisaje es también una construcción estética —además de por el origen pictoricista de dicho concepto—, por defecto. Es decir, la fealdad es un hecho casi voluntario, como en las horribles urbanizaciones costeras o rurales, y la belleza, ahora casi siempre, consecuentemente, es cada vez más resultado de los “olvidos” milagrosos de esos factores transformantes recientes.

con sus formas “misteriosas” de cubrir las necesidades de sus ciudadanos, impone una distancia excesiva para comprender el territorio del que en el fondo depende. Por otra parte, el urbanismo y su instrumento esencial, el cartográfico, reduce las cuatro dimensiones (con el tiempo y la vertical) del territorio a las dos de los mapas, de modo que la estática planimetría suplanta a los procesos y la geometría euclídea al barroquismo vital. Cuando se destina un suelo denominado “vacante” —y ninguno lo es— para ser urbanizado casi nunca se tienen en cuenta la huella ecológica que actúa sobre otros territorios a menudo distantes del recién urbanizado: ese valle aguas arriba que se “tiene” que inundar para proveer de agua o energía hidroeléctrica a las nuevas viviendas, esos baldíos que se destinan a la acumulación de residuos, esas canteras para proveerse de materiales de construcción, esos suelos productivos, con dimensión hacia abajo en forma de horizontes edáficos forjados durante cientos de años de fertilidad acumulada, que se impermeabilizan con el asfalto y un verdaderamente largo etcétera que no encuentra acomodo en plano ni mapa alguno<sup>26</sup>. El mundo actual, al hacerse crecientemente urbano, se hace a la vez más “informado” —la ciudad es el “organismo” explotador por excelencia del territorio, donde confluyen los flujos de materia, energía y, sobre todo, información— y menos sabio del territorio.

Sólo la Cultura del Territorio, tal como la entiendo y torpemente he intentado explicar, parece poder integrar códigos e intereses tan dispares sobre un único objeto, fragmentado crecientemente en pequeñas y crecientemente inviables islas del pasado reciente o remoto.

#### 4. NUEVAS PERSPECTIVAS DEL VIEJO DEBATE NATURA VERSUS CULTURA

Como señalamos al comienzo de este artículo, el dilema naturaleza cultura,



**FIG. 5. ¿Naturaleza o cultura? ¿Elemento natural o artefacto artístico? ¿Escultura de Henry Moore o roca natural?** Se trata de un bebedero para ganado excavado en un bolo granítico, aprovechando una incipiente “marmitta de gigante” (proceso de erosión natural mecánico y químico) espontánea que ha sido profundizada con azuela. Probablemente de los años cuarenta del siglo pasado

entendido en estos términos de oposición es perfectamente estéril. En ningún otro caso, de hecho, es más cierto el viejo aforismo de que la verdad reside en el matiz. En el caso de la propia naturaleza humana, tanto los recientes descubrimientos genéticos como los de la bio neurología apoyan la idea de una fuerte interacción entre genes y entorno o ambiente, interacción que funciona en las dos direcciones, como ya presintió Darwin sin conocer esas entidades de la herencia ni su mecanismo.

En el caso de los efectos y causas del entorno físico, los ecosistemas, y las sociedades humanas el cambio de paradigma ha sido igualmente notable. Una pléyade de ecólogos, geógrafos, arqueólogos y antropólogos han ido relativizando, matizando o cambiando totalmente las ideas que hasta hace poco se tenían por firmes. Por ejemplo, aunque luego abundaremos más en ello, la supuesta virginalidad de la Amazonía, donde los pocos humanos, dispersos en tropas nómadas, apenas tendrían más efecto que la de un simple mamífero de su talla sobre la impresionante y dominante selva lluviosa. Igualmente

<sup>26</sup> Ese urbanismo hegemónico sobre el resto del territorio ilustra bien el aforismo de que “si no eres parte de la solución, eres parte del problema”. En este caso el principal. En otra nota (13) aludíamos a la esencia política de las soluciones a los problemas ambientales. Esto es “literalmente” cierto en el caso de los generados por el urbanismo: son problemas y soluciones

políticas en el sentido aristotélico; es decir, nos señalan que la solución reside en (modificando y corrigiendo) la ciudad (polis), y no en las que se imponen desde ella a los entornos no urbanos afectados. Siguiendo a Aristóteles, de hecho, no es sólo que “el hombre sea político por naturaleza”, sino también que “la ciudad es naturaleza humana”.

sucede con las ideas roussonianas del buen salvaje que apenas modificaba u entorno o lo hacía armoniosamente, sea cual sea el significado de ese adverbio.

## 5. POSDATA: MIRAR HACIA ATRÁS Y ACTUAR HACIA ADELANTE

“Con pesar caminábamos por fin entre las tumbas, bajábamos la cuesta.”

MICHON (2002)

“Los árboles intercambian sus pájaros como palabras.”

SAINT-POL-ROUX

El mundo en el que cualquiera de nosotros —eso incluye a todos— ha nacido no puede sobrevivir sin cambios, por ley histórica. Cuanto antes comprendan eso los conservacionistas (y conservadores) de buena voluntad mejor podrán aplicarse a la meritoria tarea de conservar lo esencial, lo que merece la pena y cuya pérdida hipotecaría el futuro. El mundo rural que conocí en mi infancia ya no existe, como dejó de existir muchos milenios antes el del último cazador y recolector nómada que se asentó como agricultor. Por señalar un caso bien concreto, el “retrato robot” de la España deseable para el ecologismo al uso, sobre todo el de corte más naturalístico o zoológico, es el de una España idealizada pero identificable con la que correspondería a los años inmediatamente previos al desarrollismo de los sesenta del pasado siglo. Sin embargo, el problema es que ahora esa destrucción del pasado no sólo es excesivamente rápida e indiscriminada para ser adaptativa, sino que está dirigida por una explosiva mezcla de codicia e ignorancia a la que curiosamente algunos se empeñan en seguir llamando “progreso” y en seguir presentando como inevitable resultado de la flecha del tiempo. Y eso es mentira. Como dejó dicho Shakespeare

“es desdicha de estos tiempos que los locos guíen a los ciegos”.

<sup>27</sup> La urgencia del rescate le da la pérdida irreparable que supone la muerte de cada uno de estos ancianos, testimonios vivientes de esa cultura. Veamos como acaba el “Relato de Vida” de uno de ellos, habitante del Pirineo aragonés que hace PALLARUELO (2000): *Es viejo. Pierde fuerzas. Le preocupan el*

Por otra parte, no sólo se está perdiendo el patrimonio “material” o natural, sino la propia cultura que lo forjó. Ahora no hablamos de las culturas amazónicas o polinesias, sino de nuestra antaño familiar cultura campesina europea. Las culturas orales son a la vez extremadamente resistentes —la mayoría logran la hazaña de transmitir fielmente sus tradiciones y conocimientos de generación en generación a lo largo de cientos e incluso miles de años— y tremendamente frágiles, dada su extrema vulnerabilidad a los cambios bruscos de condiciones. Cuando esa cadena de transmisión cultural se rompe, basta una sola generación para que todo el bagaje cultural acumulado se pierda para siempre. Imaginen que durante una generación se deje de enseñar música, que nadie joven sepa ya tocar el piano o leer una partitura: bastaría ese brevísimo lapso de tiempo para que desapareciera toda la cultura musical o su legado se convirtiera en arqueología. Lógicamente, no estoy hablando de tirar cabras desde el campanario de una iglesia o emprenderla a tomatazos, “seculares” eventos de hace escasos lustros, sino de las sagas islandesas o la música raga hindú, de la forma de podar una encina o conducir los ganados. De ahí la urgencia<sup>27</sup> de codificar esa sabiduría en los términos más blindados y universales del conocimiento científico.

Como decía Fernando González Bernáldez, independientemente de sus pretensiones teóricas universales, la ecología aplicada es una ciencia “escasamente exportable”, por que más que suministrar recetas proporciona un cañamazo, en cada caso específico, sobre el que situar los problemas, siendo, por tanto, más, cuando es buena, un punto de vista que una técnica ambivalente.

Además, el propio proceso de transcripción científica tiene valor en sí mismo, aunque sólo sea por que contribuye a paliar la confrontación y el antagonismo entre tradición e innovación, cultura campesina y ciencia. La frívola altivez de las formas más técnicas, “recetarias” y rudimentarias de esta última, que a menudo por falta de sutileza en la armonización con las condiciones

*invierno, la nieve y el viento. Pero no se asusta. Hace lo que tiene que hacer en cada tiempo. Forma parte de la montaña, como los enebros, las águilas, las abejas o los quejigos, pero no es uno más: es el que con su voluntad y con sus manos lo organiza todo* (el subrayado, quizá innecesario, es mío).

específicas locales conduce al desastre, es la que hacía comentar a un informante mío, gestor de una dehesa, a mis alabanzas sobre el terreno de que sí, en efecto

“La finca es muy buena, pero está muy castigada por los ingenieros”

como si estos, con sus ocurrencias para todo, fueran como el pedrisco o la helada temprana. Pero al igual que a las culturas orales les fascina la escritura, porque ven en ella de inmediato un poderoso instrumento de la memoria, a los campesinos les interesa la ciencia, cuando está no es prepotente ni distante, sino colaboradora y sutil.

Es infinitamente preferible caminar con una duda que con un mal axioma, y no mostrarse tan apegados a los modelos teóricos imperantes, recordando el viejo chiste del pastor que preguntado sobre un improbable destino le contestó al urbanícola perdido:

“no conozco exactamente el camino, pero si fuera usted, no empezaría desde aquí”.

Tengamos pues el Principio de Cautela bien presente como dijo Benjamin:

“La previsión es el uso más propiamente humano del intelecto”.

Esa mezcla que reclamo de tradición e innovación, donde reside el futuro de su preservación —y no, nuevamente en una conservación etnográfica igualmente taxidérmica—, la ejemplifica la metáfora de la espiral: una figura que se despliega desde dentro hacia fuera, siempre girando en torno al punto de origen y a menudo, como en el caso concreto de la concha del molusco *Nautilus*, manteniendo la sección áurea, es decir la proporción entre los sucesivos anillos.

Los problemas referidos al entorno son siempre complejos, holísticos, a menudo

difíciles y en casos imposibles (véase más adelante), pero eso no debería desanimarnos. Lo que para la tecnocracia supone su inviabilidad: la imposibilidad de aplicar recetas, para la verdadera ciencia todo reto contiene premio. Como señala el divulgador de la matemática John Allen Paulos (refiriéndose al teorema de Gödel examinando a Euclides), los problemas sin solución pueden ser fuentes de creación como

“granos de arena en las ostras, que se convierten en perlas”.

Mi amigo Miguel Morey, catedrático de Ecología y actual profesor emérito en la Universidad des Illes Balears, me hace notar amablemente mi tendencia a contemplar las soluciones territoriales del pasado con excesiva complacencia y me sugiere una tarea muy interesante como expiación: identificar espacios nuevos que sean sostenibles -o viables, como los denominábamos menos enfáticamente antes. El tema es tan bonito como alejado de mis capacidades; sin embargo, subsiste un problema grave, a saber, la mayoría de los paisajes viables, sostenibles y hasta hermosos, “naturales”, son resultado de muy lentas y sostenidas (no sólo sostenibles) en el tiempo relaciones de las comunidades con su entorno, como las dehesas, los “bocages”<sup>28</sup> o la estructura viaria de las cañadas de la trashumancia, y hoy en día, donde impera el “diseño” instantáneo, eso sí que parece utópico e inviable. En todo caso, viene a cuento ahora recordar un proverbio senegalés, pero que cuenta con versiones en todas las culturas:

“cuando no sepas a donde vas, date la vuelta y mira de donde vienes.”

La ecología de la explotación<sup>29</sup> nos da las claves para entender que la transformación

<sup>28</sup> En geografía, bocage es un término francés que designa el tipo de paisaje donde las tierras, frecuentemente praderas, están encerradas por leves elevaciones plantadas de árboles, a modo de setos, y el hábitat es disperso, creándose una malla de células productivas delimitadas por bordes silvestres. A menudo se habla de bocage bretón, normand, vendéen, etc. En algunas zonas de España reciben nombres particulares, como “sebes” en Asturias.

<sup>29</sup> El término “explotación” contiene inevitables connotaciones peyorativas en el marco de estos debates, pero desde el punto de vista de la ciencia de la Ecología, la explotación

es simplemente el proceso de apropiación —de una especie por otra e incluso de un ecosistema por otro— de un paquete o segmento del flujo total de energía, de manera que en el gradiente continuo entre conservación-explotación la relación entre biomasa inmovilizada, reinvertida en forma de estabilidad estructural por el propio ecosistema, y biomasa (o energía) consumida (o producción) por otro sistema externo va disminuyendo. En el proceso, inevitablemente, el complejo (población o ecosistema) explotado se “rejuvenece”, pierde madurez o complejidad en favor del sistema explotador.



**FIG. 6. Dehesas y pastos separadas por muretes de mampostería en seco y alineaciones de arbolado; Occidente Ibérico.** Estas estructuras responden al axioma: “Naturaleza en un mínimo espacio”; los elementos naturales, arbolado, restos del ecosistema original, etc., quedan confinados a alineaciones (bocages) que rodean espacios productivos como los pastos. Se consigue así un sistema mixto a la par productivo y estable, transformado y conservado; una suerte de “nadar y guardar la ropa” entre conservación y explotación que contradice los falsos dilemas maximalistas de conservar o transformar

de un entorno natural en un territorio productivo es siempre un proceso de suma cero. El espacio sin transformar tiene una estabilidad muy alta si no sufre interferencias, como un bosque sin modificar, pero reinvierte todo el excedente productivo en mantener esa estabilidad frente a los cambios, de modo que la relación biomasa/producción aumenta y apenas hay excedentes apropiables para el hombre, salvo para el mero recolector de nivel paleolítico. Por el contrario, un espacio muy transformado, como un campo de cereal, apenas tiene estabilidad, ni, por tanto, puede mantenerse igual a sí mismo sino es por intermedio de la acción humana, cerrando los ciclos de nutrientes (fertilización) y reiniciando el proceso (siembra), pero la relación biomasa/producción disminuye tanto que produce excedentes apropiables para el

hombre que sólo en parte se reinvierten en la estabilidad del sistema. Es el dilema de suma cero entre conservación (estabilidad) frente a producción. Ahora bien, sistemas como la dehesa, en donde los núcleos maduros dispersos del arbolado exportan estabilidad a la matriz productiva en que están inmersos (pastos) es un magnífico ejemplo de “nadar y guardar la ropa” entre ambos extremos. En el caso de los bocages, los elementos maduros y estables son las alineaciones de arbolado y setos que limitan las teselas de producción, generando un sistema de naturaleza en un mínimo espacio ocupado. En cuanto al caso de las cañadas es un ejemplo de compensación bioclimática entre dos “extremos” (agostaderos e invernaderos) biogeográficos a través de la migración controlada de los rebaños en dos momentos estacionales del año.

La pregunta esencial sigue en pie: **¿qué significa mantener viva una relación con el pasado?** Y ¿qué ocurre cuando esa relación se rompe en parte, como está sucediendo en la actualidad tanto en lo que se refiere al patrimonio histórico como al natural o al cultural ligado a ambos? No olvidemos que, al igual que las personas, las sociedades que no logran establecer una relación sana y fluida con su pasado enferman. Conjugar los viejos saberes empíricos, nutridos por la tradición oral e injustamente acusados de inmovilistas, con los modernos conocimientos científicos, sin considerar a estos últimos la única forma válida de información, sería la primera medida. Otra posible vía complementaria es precisamente modificar las nociones estáticas patrimoniales, desde la de biodiversidad hasta la de patrimonio artístico, por las dinámicas, como la de diversidad en ecología<sup>30</sup>. Se trata, en suma, de incorporar a nuestros rígidos modelos la dimensión temporal y con ella la rica información de nuestro pasado. A eso, en este campo concreto que nos ocupa, lo he dado en llamar “Cultura del Territorio”<sup>31</sup>. La cultura del

<sup>30</sup> Diversidad y Biodiversidad no son sinónimos; este último, ligado a los planteamientos de conservación, representa un concepto patrimonial: la riqueza total en especies (o en genes) de un territorio. La diversidad, por el contrario, es un concepto dinámico, un parámetro del ecosistema variable a lo largo de la Sucesión Ecológica en el tiempo, que aumenta progresivamente conforme aquella avanza. Expresa la potencialidad del sistema para establecer relaciones cibernéticas o de control entre sus

elementos y se mide en términos de información, por ejemplo, con fórmulas como la de Shannon-Weaver.

<sup>31</sup> El plagio involuntario puede que no sea un verdadero plagio, pero es auténtica ignorancia. El profesor MONTSERRAT (1992 y 1994). lleva muchos lustros relacionando en sus magníficos trabajos cultura y ecología. Es el autor que más utiliza esa conexión en su motivada defensa del pastoralismo, sobre todo el pirenaico.

territorio sería armoniosamente híbrida, codificada en términos de la moderna científica, pero incorporando los saberes tradicionales de gestión territorial. Sería pues un arte o una técnica donde el conocimiento no suplantaría a la sabiduría, sino que la validaría, justificando los “cómos” (cómo hacer) por medio de los “por qué” (por qué se hace).

He pospuesto para el final la que bien podría haber sido el comienzo de estas disquisiciones: **la inviabilidad definitiva de toda conservación extrema.** Me explicaré. La pieza clave de la ecología científica es la noción de Sucesión Ecológica, hasta el punto de haber sido comparada al papel central que la teoría de la evolución ocupa en la biología general. La sucesión designa la tendencia que tienen los ecosistemas a aumentar en complejidad si no son explotados ni perturbados, conforme a una secuencia bien conocida aunque no totalmente elucidada, en la que varían propiedades “macroscópicas” del sistema, relacionadas con flujos de materia, energía e información. En cierto modo el ecosistema se “cierra sobre sí mismo” reinvertiendo sus excedentes productivos en estructuras más permanentes, complejas o maduras. Esa tendencia a la complejidad, o a la complicación, es tan universal que gran parte de las tareas agrícolas, por ejemplo, desde escardar a podar, y de recursos invertidos (semillar, fertilizar) tienen la misión básica de entorpecer la sucesión y evitar ese cierre sobre sí mismo del ecosistema, desde la simplicidad exportable a la complejidad estrictamente inexplorable (sin excedentes). Bien, la explotación —esa apropiación de paquetes de energía a la que aludíamos en la nota 42— impide que la sucesión continúe, de manera que se establece una oposición entre conservación y explotación que, en el fondo, no admite conciliación, por lo que es uno de los escollos más formidables (Margalef dixit) en la “formulación de cualquier política razonable de conservación”. En este hecho reside que la

conservación de la naturaleza simultáneamente con la nuestra como sociedad, claro, sea una “aporía” lógica, es decir, una imposibilidad racional o, en términos menos filosóficos, un propósito inviable. En dicho sentido, el “mantra” de moda de la sostenibilidad, o más bien de lo sostenible<sup>32</sup> desvela su inherente inanidad.

Persistir en comparar un ecosistema con un organismo puede conducir a numerosas impropiedades, a numerosas analogías cuyo valor pedagógico no justifica los errores de juicio que producen, pero es bien cierto que los ecosistemas se parecen a los organismos en que unos y otros se construyen a caballo del tiempo, sobre él, como el mismo planeta y sus eras cambiantes. Pero los ecosistemas que se van construyendo a sí mismos, o sobre sí o en torno a sí mismos, lo que hacen es trocar energía, la mayoría rápidamente consumida, disipada o degradada, por información. El final de ese proceso no es totalmente predecible, como optimistamente suponían los ecólogos decimonónicos y presuponen los conservacionistas y ecologistas actuales. Por tanto, en ese edificar su presente sobre su pasado, el único hecho cierto es ese. Por eso son tan importantes esos soberbios ejemplos heredados, encontrados por prueba y error tras milenios, “de nadar y guardar la ropa”, de conjugar conservación y explotación, como las dehesas o los territorios pastoriles de montaña —sus complementarios en la trashumancia de ganados—. Llámenlos, si gustan, Naturaleza, pues lo son; como aquellos, sus forjadores; como nosotros, sus conservadores; como nosotros, sus destructores.

Propongo acabar recordando aquí que los humildísimos líquenes —utilizados modernamente como indicadores biológicos de la contaminación, pues no sólo promedian mejor que cualquier instrumento la resultante sinérgica total de todos los contaminantes, sino que reflejan su transcurso en el tiempo— son, por ello, el

<sup>32</sup> Siempre que se desea desactivar un concepto incómodo para los poderes se le sustituye por un término de consenso sin demasiado contenido; y la forma más fácil de hacerlo es transformar los sustantivos (sujetos) en adjetivos; así Ecología pasa a “ecológico”, sea este un yogur o una silla, y Sostenibilidad, concepto fuerte que define la idea de no sobrepasar la capacidad de regeneración de los recursos, por sostenible. El colmo es cuando

ese adjetivo se aplica a un sustantivo incompatible, como “desarrollo”. Desarrollo, que por mucha connotación cualitativa, implica crecimiento, aumento de consumo de recursos. “Desarrollo sostenible” es una contradicción en sus términos en pura lógica, pero el que no signifique casi nada no es un obstáculo, sino un aliciente para su uso abundante en los discursos de los modernos sofistas, políticos, economistas y organismos internacionales.

más lento telegrama (de socorro) de la tierra, sea esta afirmación ciencia o poesía, cuya aparentemente insalvable diferencia en el fondo estriba en si consideramos que ya sabemos —ciencia— o si seguimos aprendiendo —poesía— por intuición. Ellos también evidencian como la sincronía económica actual está arrasando con la diacronía acumulada durante millones de años, esto es, con la historia de toda la superficie emergida de este planeta. Hume definía el hábito como “tomar el pasado como regla del porvenir”. Aquí se propone, más flexiblemente, tomar el pasado como un informante del futuro. Mientras tanto esperemos que los árboles sigan intercambiando sus pájaros como palabras, conforme a la maravillosa metáfora de Saint-Pol-Roux, y continúe el prodigioso diálogo de múltiples relaciones de las partes de este mundo, la polifonía que lo sustenta a lo largo del tiempo<sup>33</sup>.

“sería cosa de que los políticos vivieran en el campo, como los antiguos romanos; aprenderían en el arte de escuchar y callar, doble ciencia que el estrépito capitalino hace que olvidemos, y de la que uno se imbuye maquinalmente al observar el paso lento, cadencioso, uniforme y callado de la naturaleza.”

DE SÉCHELLES (2005)

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES (1980): *Metafísica*, Ed. Gredos.  
 BATESON, G. (1970): *Pasos hacia una ecología de la mente*, EUNSA, Buenos Aires.  
 BARROW & TYPLER (1986): *The Antropic Cosmological Principle*, U. Press Oxford.  
 BORGES, J.L. (1987): “Del rigor de la ciencia”, en *El Hacedor*, Obras Completas, T. II, Emecé Ed.  
 BOURDIEU, P. (1982): *La distinción*, Taurus, Madrid.  
 CENDRERO, A. (2005): “Movilización de materiales por acción humana”, en J. M. NAREDO y *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*, Fundación César Manrique y Universidad de Granada, Lanzarote, Granada.  
 COPPENS, Y. (2000): *La genou de Lucy, L'Histoire de l'homme et l'histoire de son histoire*, Odile Jacob, París.

## 5.1. Además de bibliografía

La exigua bibliografía utilizada directamente está ya recogida en el texto y parte en las notas a pie de página. Pero más difícil es dar cuenta de deudas más profundamente formativas. Aquí quiero agradecer las enseñanzas de esos pocos maestros, Fernando González Bernáldez, Ángel Ramos y Ramón Margalef, los tres desaparecidos. Y los afortunadamente presentes Miguel Morey, José Manuel Naredo, Antonio Estevan, Fernando Roch, José Luis Pardo, Luis H. Antezana “Cachín”, Paola Ovando y Jesús “Susó” Garzón, Rocío Fernández Ales y Ángel Martín (estos dos, formando *tandem*), a Luis Bartolomé que, hablando de la escala de los mapas borgianos, es furibundo partidario de la escala 1:1. También Braulio, Martina La Regañona, El Tío Domingo, Juli, y el Tío Sixto, Gini y Jara y muchos más que meros informantes rurales. A Severino Pallaruelos, rescatador de la cultura pastoril de Pirineos. A Fernand Braudel, Robert Graves y Joan Manuel Serrat, por sus lecciones sobre el entorno mediterráneo. Y a Platón, que se inventó a Sócrates, a Sócrates que inventó a Platón y a Aristóteles, que vaya usted a saber dónde estudió, con Platón, como se afirma, probablemente no. Y hasta a mi reconocida ignorancia, porque, al menos, es un punto de partida. Vale.

- DIAMOND, J. (2000): *Guns, Germs and Steel*, Faber and Faber, Nueva York.  
 FEYERABEND, P. (1989): *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Ariel, Barcelona.  
 GADAMER, H. G. (1989): *Verdad y método*, Península, Barcelona.  
 GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F. (1981): *Ecología y Paisaje*, H. Blume, Madrid.  
 HOFMANNSTHAL, H. (1998): *Instantes griegos y otros sueños*; Cuatro ediciones, Valladolid.  
 MARGALEF, R. (1992): *Planeta azul, planeta verde*, Prensa Científica, Barcelona.  
 MICHON Pierre (2002): *Vidas minúsculas*, Anagrama, Barcelona.  
 MONSERRAT, P. (1992): “La gestión ecológico-cultural en el paisaje”, en *Pirineos 140*, Jaca.

<sup>33</sup> El silencio es un lujo, pero siempre que esté alternado con los sonidos de la vida, sino es muerte. Oigamos la transcripción al castellano que el etnógrafo Severino PALLARUELOS (2000) hace de los recuerdos sonoros de un pastor del Pirineo aragonés: *Oías cómo golpeaba el hacha de algunos que cortaban madera o los*

*golpes de la maza en las cuñas si partían leña. Oías a los pastores que silbaban, perros, esquilas... algún grito allá delante de uno que acarrea y se enfadaba con los machos... y a veces, allá abajo, en San Juan, tin-tin-tin: uno que golpeaba, para afilar la guadaña... y ahora nada... no se oye ni un ápice.*



- (1994): “La cultura en el paisaje” en *El campo*, 131, BBVA, Madrid.
- (2001): “Importancia gestora y social del pastoralismo”, en *Arch. Zootec.*, 50, 491.499
- NAREDO, J. M. & F. PARRA (2004): *Situación diferencial de os recursos naturales españoles*, Fundación César Manrique, Lanzarote.
- PALLARUELO, S. (2000): *José, un hombre del Pirineo*, Diputación de Aragón, Zaragoza.
- PARRA, F. (1980): *Diccionario de Ecología, ecologismo y medio Ambiente*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1982): *La dehesa y el olivar*, Debate, Madrid.
- (1982): *El monte mediterráneo*, Debate, Madrid.
- RODRÍGUEZ FRAILE, J. J. (2004): “El oráculo ilustrado”, en J. L. PARDO, *La regla del juego*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- SANOW, C. P. (1977): *Las dos culturas*, Alianza Editorial, Madrid.
- SÉCHELLES HÉRAULT DE (2005): *Teoría de la ambición*, Siruela, Madrid.
- STILLE, A. (2005): *El futuro del pasado*, Península, Barcelona.